



Madrid, 17 agosto 1924

El estilo ~~nos hace~~ de Galdós

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo IV.....

AL REDEDOR DEL ESTILO

XVI

HABÍA escrito los anteriores pequeños ensayos de esta serie indefinida — melodía continua — en el sosiego fecundo de Fuerteventura, y ahora me apercibo a reanudarlos y continuarlos en medio del trajín de este París de verano lluvioso. Entre la estrofa anterior, la XVI y ésta, la XVII, que me pongo a fraguar ahora, he recogido y atesorado en mi alma experiencias las más íntimas, las más entrañadas, de las que diré pronto en otra parte.

Cuando me disponía a fugarme de Fuerteventura, a bordo del bergantín goleta «L'Aiglon», recogí, entre los pocos papeles que pensaba llevar conmigo, escotero y suelto, los breves apuntes para la continuación de estas notas, y en ellos, bajo esta cifra romana: XVII, encuentro esto:

«Las obras de un escritor que no parecen de él, que carecen de estilo, que parecen de otro, no son de nadie, no son obras. Otro es nadie. Puesto que estas confesiones, y he hablado de Navarro Ledesma, en «El ingenioso hidalgo D. Miguel», etc., *chiasso*, y el mío en silencio.»

Reproduzco aquí el apunte, tal y como lo tenía tomado, en ese estilo enigmático, elíptico, telegráfico, en que uno se habla a sí mismo; en esa forma protoplásmica, anterior a la diferenciación de prosa y verso, en que tomamos nuestras notas para uso individual. Es el estilo de muchos de los pensamientos de Pascal. Y es significativo que cuando se habla de tal manera a sí mismo lo hace en forma telegráfica, como para hablar desde lejos.

¿Para hablarse a sí mismo? En otro papelito, en el revés de un sobre de carta, bajo la siguiente cifra romana, XVIII, llevaba escrito esto otro:

«¿Es uno otro que sí mismo? Uno remeda su propio estilo. Cervantes, remedándose. Galdós y sus lugares comunes. Torquemada, y

en medio de ello un: «Elo es que...», «dicho se está...», etc., etcétera. Escribía sin estilo propio. A las veces, un concepto sutil, una metáfora viva; pero una frase, un giro suyo... jamás. Acaba «Torquemada en el Purgatorio» cuando Rafael del Aguila, el ciego, se tira a la calle: «Bajaron todos... Estrellado, muerto.» Sobre el «muerto».

Este apunte responde a la lectura—relectura en parte—que hice allí, en la isla, de la mayor parte de las obras de Galdós. Lo que me permitió modificar y rectificar mi juicio estético de su obra, parte a mejor y parte a peor.

Galdós, que tan terrible pintura nos ha dejado de la burguesía madrileña de fines del siglo XIX, se buña con frecuencia del estilo

ese de las tertulias de café, del estilo periodístico hecho de muletillas, de frases hechas, de lugares comunes, de expresiones acufadas, cuyo cuño se ha desgastado por el uso. Pero le costaba expresarse de otro modo. Era el estilo del café, el estilo de la improvisación periodística, el estilo parlamentario, el de artículo de fondo, el que empleaba en sus novelas. Un estilo pasado por laminador.

Y a esa su falta de estilo individual debió, sin duda, la mayor parte de su popularidad. Se dejaba leer sin esfuerzo. No había nunca que detenerse a paladear una frase suya, ni a digerirla. Su personalidad artística era algo co-





mo una representación de la im-
personalidad; era el hombre me-
dio el que hablaba en él.

Es muy significativo que no co-
nozcamos versos, buenos o malos,
mejores o peores, de Galdós; que
no sepamos que los hubiese con-
servado, ya que no publicado, si
es que alguna vez los escribió. ¿Le
hizo? Es de dudarlo. Y aun más,
parece que no gustaba mucho de
ellos. Debía de ocurrirle lo que a
muchos oradores — de palabra e
por escrito, pues hay oratoria es-
crita para uso de los taciturnos—,
que sienten una honda animadver-
sión al verso, al estilo netamente
poético. Acaso porque se les resis-
te, porque se hurta y niega a sus
secretas caricias. Y, en cambio, se

conoce la prosa del que intenta el
verso. No porque sea más cantan-
te o más melodiosa—tal como en-
tienden la melodía los que creen
que toda canción es ballable—, si-
no porque es más precisa, más ce-
ñidas más para sí mismo, más ín-
tima.

Galdós... En aquellas mañanas
de Fuerteventura, cuando en la
azotea de la mansión en que vi-
vía, en Puerto Cabras, me baña-
ba el cuerpo desnudo al sol des-
nudo, frente a la mar consolado-
ra, leía las páginas de Galdós. Y
mientras iba digiriendo en silen-
cio, sin oírlas, no más que vién-
dolas, aquellas en que nos mues-
tra en el alma de Fortunata el al-
ma acaso del pueblo de la calle
madrileña, oía a lo lejos, por de-
bajo del silencio de las páginas
escritas galdosianas, el rumor de
la mar atlántica, el rumor de la
mar que lame los bordes del de-

sierto africano. Galdós había na-
cido en la Gran Canaria, y el At-
lántico debió de haber brizado los
ensueños de su niñez; pero se fué
a Madrid, al centro de la pazame-
ra manchega, y pareció olvidar el
ritmo rumoroso de su mar mater-
na. A pesar de sus temporadas de
Santander, no se oye a la mar en
sus obras. Su estilo es un estilo
de tierra adentro, o, más bien, no
es de tierra, sino de calle, de ca-
lle de cafés y de redacciones de pe-
riódicos. No se oye nunca en su
obra el canto del Atlántico. Ni el
de ese mar petrificado, que es la
llanada castellana, de la tierra
sin adoquinado, de la tierra que
dió el canto—«nuestras vidas son
los ríos—que van a dar en la
mar—que es el morir...»—de las
coplas—días de los campos góti-
cos—de Jorge Manrique.

Miguel DE UNAMUNO

